

Profetas apocalípticos

Con una frecuencia e intensidad semejante a la de las lluvias que caen sobre todo el país, los medios de comunicación social recibimos el regaño del Jefe de Estado por habernos convertido en profetas del desastre, y su exhortación a difundir el optimismo y la ilusión. Los apelativos de Jeremías "cansados", y "llorones", "Jonases reencarnados" o "alarmistas apocalípticos" han sido aplicados a cuanta voz se haya alzado en el país advirtiendo la posibilidad de un agravamiento de la crisis que atravesamos. Los adjetivos han sido oídos por empresarios, sindicalistas, líderes populares, políticos de derecha e izquierda... y muy especialmente por los medios de comunicación social.

PROFETAS DE CUAL DESASTRE

En la lengua española y, evidentemente, en el lenguaje del Presidente y de COPEI, se ha impuesto el significado de "predicción de acontecimientos futuros" como contenido de la palabra profecía, desvirtuando su significado bíblico original. En la Biblia, el profeta no es el que predice el futuro, sino el que señala la situación presente desde la perspectiva de la fidelidad o la infidelidad del pueblo y, especialmente, de sus dirigentes, a la alianza con Dios que marcaba el rumbo ideal de su marcha histórica y su compromiso más fundamental. El profeta, entonces, no predice el desastre, señala valientemente, denuncia, el desastre existente en la sociedad presente. Lo hace "en nombre de Dios", es decir, desde la perspectiva de la fidelidad al compromiso contraído de construir una sociedad de hermanos libres.

En este sentido, los medios de comunicación debemos ser profetas. Su razón de ser es convertirse en la voz que señala la fidelidad o infidelidad del pueblo y de sus dirigentes al rumbo que se ha trazado el país. Su misión no es esconder la realidad, sino descubrirla, hacerla patente ante los ojos de todos.

De esta afirmación no se concluye que los medios de comunicación social sean profetas en Venezuela. Evidentemente, detrás de muchas de sus apreciaciones y denuncias se mueven intereses particulares y no intereses generales del pueblo. Profeta no es cualquiera que señala o denuncia. Es el que lo hace desde la perspectiva de la liberación de los oprimidos y de la creación de una sociedad justa y fraterna.

Ser un medio de comunicación profético exige el inmenso esfuerzo de situarse en esa perspectiva que pasa por la necesidad de enjuiciarse incluso a sí mismo, a los propios señalamientos y denuncias.

Por otro lado, el desastre no es cuento. Más cuento es intentar ocultarlo. Si en algo puede lograrse hoy en Venezuela una amplísima convergencia de opiniones es en la existencia de una crisis nacional de vastas proporciones. Gobierno y oposición, partidos y gremios, patronos y obreros... están de acuerdo en que pasamos por un período de crisis económica, política y social.

Los signos de la crisis nacional son complejos y abundantes: la posibilidad e inminencia de un colapso financiero del Estado y, por ende, de la economía nacional, imposible de superar ni siquiera con el clásico recurso al mágico petróleo, indica la gravedad de la situación económica nacional y cuyos efectos en la vida diaria de los venezolanos resulta absolutamente innecesario nombrar.

La crisis política se manifiesta de muy diversas maneras: la situación interna de los partidos, a la cual hemos hecho múltiples referencias en nuestros análisis, la progresiva separación entre los intereses y actividad diaria de los políticos y los del resto de la población, el empobrecimiento acelerado de los mensajes políticos, la ausencia de novedades en los planteamientos de los partidos dominantes y las dificultades para ofrecer modelos alternativos realizables por parte de la izquierda.

El surgimiento de un nacionalismo infantil y chauvinista, alimentado por oportunistas inconscientes, escondido bajo una disfrazada defensa de nuestra "integridad territorial", que ha llegado al extremo de hacer surgir en diversos sectores del país un sospechoso afán guerrillero y conquistador, manifiesto incluso entre altos dirigentes de nuestras Fuerzas Armadas.

El permanente rumor y temblor por las cercanas posibilidades de un golpe de Estado encabezado por militares y apoyado por grupos empresariales que parece poder concretarse en algo más que rumores.

El desgaste de la democracia que produce la sensación de estar encerrados en un callejón sin salida, con un repugnante sabor de fracaso y frustración colectivos.

Desde el punto de vista social, y éste es quizás, el nivel más hondo de la crisis, vivimos una progresiva desintegración del tejido social del país. La situación en la que nos encontramos obliga

a un vivir para sobrevivir; a un agotamiento de la esperanza como sentido para el futuro de los rigores del presente. En el horizonte se le plantean a los jóvenes venezolanos más dificultades para realizarse como personas que oportunidades que alienten el esfuerzo optimista. El techo en los "límites del crecimiento" parece estar muy cerca y, con él, el peligro inminente de la involución social.

EL APOCALIPSIS COMO ESPERANZA

Sobre la profundidad y caracterización de esta crisis no es tan fácil ponerse de acuerdo. Para los gobernantes y dirigentes de esta democracia se trata de una situación coyuntural, de una mala racha nacional e internacional. Verla así lleva a plantearse como salida la inefable concertación, y si las cosas se ponen muy negras la concentración. Para otros sectores se trata de una crisis de dirigencia con mayor o menor necesidad de efectuar reformas urgentes. Para éstos la salida es un cambio en quienes dirigen, que puede llegar hasta la necesidad de sustituir, aunque sea temporalmente, esta democracia "boba".

Nosotros pensamos que la actual situación indica una problemática más de fondo. No se trata de una mala coyuntura. Estamos ante una CRISIS, así, con mayúscula, y en el sentido original del término: JUICIO sobre una realidad que muestra sus alcances y sobre todo sus límites. La actual situación que vive el país es un urgente llamado a despertar del sueño del optimismo a ultranza e irracional. Se nos exige preguntarnos sobre los fundamentos mismos de nuestra actual estructura social, sin escondernos y sin correr a buscar los remedios que hasta ahora creíamos daban algún resultado y que han demostrado en la práctica que ya ni como paliativo funcionan.

Apocalipsis es otra palabra que usa el Presidente y su coro de ilusionistas como sinónimo de catástrofe final o definitiva. En su fuente bíblica original se refiere a otra cosa, emparentada con la profecía: se refiere a saber escrutar la marcha de la historia, interpretar sus momentos desde la perspectiva del conjunto, de su realización posible. Una actitud apocalíptica no es, entonces, sinónimo de pesimismo o fatalismo; al contrario, es saber ver este momento crítico desde la Utopía que mueve nuestro compromiso por la transformación de la realidad presente.

La actitud apocalíptica es la que sostiene nuestro optimismo y nuestra esperanza. Es la que nos impide encerrarnos en los marcos de lo hoy dado, que se experimenta como fracaso, como camino sin salida. Es la que nos permite pensar en un tiempo histórico cualitativamente distinto del actual, representarlo simbólicamente, hacernos conscientes de la plena responsabilidad que tenemos para hacerlo posible, reconocer los signos de su presencia incoada entre nosotros y acicatear nuestra dedicación a realizar esa nueva tierra.

Por eso, queremos seguir siendo profetas apocalípticos. Denunciar y enjuiciar el presente que vivimos como nación y como civilización. Promover la toma de conciencia de que estamos a las puertas de una CRISIS de fondo ante la cual es ilusorio y engañoso recurrir a remedios parciales, agotados por su misma historia. Recordar los valores adquiridos en esta etapa de la historia y las posibilidades de alcanzar unas relaciones sociales nuevas. Comprometernos en la realización de la utopía de la fraternidad en libertad..., porque ya hay gente entregando su vida por ella y porque el pueblo quiere vivir... Somos optimistas a fondo.

RECORDAMOS A NUESTROS LECTORES

- * que este número (Julio-Agosto) y el próximo (Septiembre-October) son bimensuales (son 10 números al año).
- * que, por consiguiente, el próximo número saldrá a mediados de Octubre.